

Exclusión y violencia contra las mujeres: un desafío a la teología y a la pastoral*

Geraldina Céspedes, O. P.
Red teológico-pastoral Amerindia
Guatemala

La violencia y la construcción de la paz están dentro de las prácticas humanas más marcadas por la cuestión de género. De ahí que sea imposible hablar de justicia y paz sin referencia al papel determinante de las mujeres como víctimas de la violencia, pero también como actrices destacadas, en los procesos de construcción de la justicia y la paz, en nuestros pueblos centroamericanos y caribeños.

En consecuencia, aquí trataré, en primer lugar, de examinar las distintas manifestaciones de la violencia hacia las mujeres, las cuales van desde formas sutiles y toleradas hasta prácticas crueles de destrucción de la vida, como el feminicidio. En un segundo momento, trataré de hacer una lectura teológica e identificaré algunos desafíos que la situación de violencia hacia las mujeres plantea a las iglesias en la actualidad.

1. La violencia de género

Quiero partir del concepto de violencia de género porque es un concepto útil para ayudarnos a hacer visible el carácter específico y estructural de la violencia sexista. Alicia Puleo, en “Violencia de género y el género de la violencia”, afirma que ese es un concepto necesario y pertinente¹.

* Ponencia presentada en las II Jornadas teológicas UCA-Amerindia, San Salvador, 18-20 de octubre de 2016.

1. A. Puleo, “Violencia de género y el género de la violencia”, en A. Puleo (ed.), *El reto de la igualdad de género. Nuevas perspectivas en ética y filosofía*, pp. 361-371 (Madrid: Ed. Biblioteca Nueva, 2008).

Es casi imposible hablar de las relaciones entre los hombres y las mujeres sin que no aparezca el tema de la violencia hacia las mujeres. Desgraciadamente, nacer mujer todavía implica vulnerabilidad, el riesgo de ser violentada, en cualquier etapa de nuestra vida. Estamos expuestas a la violencia física, sexual y psíquica. Cada ocho segundos, una mujer es maltratada. El feminicidio es la manifestación más extrema de la violencia hacia las mujeres, y Ciudad Juárez (México) es el caso más llamativo. Entre 1993 y 2011, desaparecieron 878 mujeres y niñas, la mayoría entre los diez y los veintinueve años de edad. Guatemala tiene una larga y horrible historia, desde el conflicto armado, cuando el ejército utilizó la violencia sexual como arma de guerra. Solo en 2006, más de 600 mujeres fueron asesinadas.

No se trata solo de la agudización de la violencia hacia las mujeres, tanto en el ámbito laboral como en el doméstico, sino también de la impunidad que rodea a esta violencia. La violencia hacia las mujeres y la impunidad son manifestaciones de una sociedad que padece una terrible enfermedad de injusticia y deshumanización.

Hablar de la violencia de género implica abrir un abanico amplio, porque el fenómeno comprende desde la violencia física hasta la violencia simbólica, que legitima y refuerza a la violencia. Lamentablemente, los medios de comunicación solo mencionan como violencia de género los casos más extremos y dramáticos. Así, cuando informan de “otro caso de violencia de género”, es porque la mujer ya está muerta, pues los demás casos los consideran normales y, por lo tanto, no son considerados apropiados para elaborar una nota informativa.

No obstante, el concepto de violencia de género incluye las diversas formas de empobrecimiento, las injusticias y la exclusión social a consecuencia del sexismo. La forma extrema de violencia hacia las mujeres no surge de la noche a la mañana, sino que se alimenta cotidianamente de violencias pequeñas y sutiles, que toleramos. Cuando se llega a las formas extremas de violencia hacia la mujer, es porque ya hay una historia de exclusión y violación de otros derechos. Según Nancy Pineda-Madrid:

Quando el carácter de una sociedad se deteriora a tal punto que se viola la salud, el bienestar y la libertad de las mujeres, estas violaciones fomentan la “suposición de que las mujeres son usables, abusables, dispensables y descartables”, y, con el tiempo, esto contribuye a formar un clima en el cual el feminicidio puede brotar y desarrollarse².

Para percibir esas formas sutiles de violencia, es necesario afinar nuestra percepción y ponernos otras lentes, ponerse las gafas violetas, como dice

2. N. Pineda-Madrid, “Feminicidio: interrogación al cuerpo roto de Cristo”, *Revista de Teología*, 119 (2016), 192.

Lucía Ramón³, que nos ayudan a tomar conciencia de que la exclusión y la violencia contra las mujeres son problemas estructurales y globales, que están interconectados.

De esa manera, la violencia contra la mujer puede adoptar diferentes formas⁴ y expresarse en distintos ámbitos. En el ámbito familiar, la violencia física, sexual y psicológica se manifiesta en los golpes, el maltrato, las humillaciones, la falta de reconocimiento, el abuso sexual de las niñas y adolescentes en el hogar, la violación por el marido, el aislamiento forzoso, la limitación de la movilidad de la mujer, la “venta” de las hijas para casarlas con un hombre a quien estas no conocen, ni aman, la mutilación genital, y la explotación por sobrecarga de trabajo en el hogar, ya sea exigido por el marido, los hermanos, la suegra, etc., o derivado de la falta de corresponsabilidad de algunos miembros de la familia.

En el ámbito comunitario, la violencia física, sexual y psicológica se manifiesta en las violaciones, los abusos sexuales, el acoso y el hostigamiento sexual, en el trabajo y las instituciones educativas, la trata de mujeres, la prostitución forzada y la explotación laboral, en los distintos ámbitos de la vida económica.

La raíz de la violencia hacia las mujeres se encuentra en las prácticas excluyentes, que padecemos desde el nacimiento e incluso, a veces, antes de nacer, y en el no reconocimiento de la dignidad y la igualdad entre hombres y mujeres. Por eso, una de las definiciones más sencillas y provocadoras del feminismo afirma que “es la idea radical que sostiene que las mujeres somos personas” (Angela Davis).

La violencia de género está asociada a las prácticas excluyentes, fundamentadas en creencias arraigadas en lo profundo de las personas y las sociedades. Una de esas creencias sostiene la superioridad natural del hombre y, en contrapartida, la inferioridad natural de la mujer. Estas creencias, que fundamentan la relación violenta y excluyente, son asimiladas a lo largo del proceso de socialización y educación. La internalización es tan fuerte que llegamos a aceptar la violencia y la exclusión de las mujeres como algo normal y natural, y no como debe ser, una anomalía, un escándalo y un pecado.

2. Las distintas formas de empobrecimiento de las mujeres

La pobreza, según Gandhi, es la peor forma de violencia hacia las mujeres. El análisis de la realidad de los pobres debe explorar cómo la pobreza manifiesta la injusticia y la desigualdad de género. El 70 por ciento de las personas más pobres del mundo son mujeres. Este dato muestra la feminización de la pobreza. De todos los desnutridos del mundo, el 74 por ciento son mujeres. Es la feminización

3. L. Ramón, *Queremos el pan y las rosas*, p. 38 (Madrid: HOAC, 2011).

4. *Ibid.*, pp. 36-37.

del hambre. De todos los analfabetos del mundo, el 74 por ciento son mujeres. Es la feminización del analfabetismo. El 80 por ciento de las personas traficadas son mujeres. Es la feminización de la trata. Y así podríamos seguir analizando otras áreas de nuestra realidad.

Ahora bien, al hablar del empobrecimiento de las mujeres, conviene ir más allá de la perspectiva económica. A la falta de autonomía económica, hay que agregar otras carencias, como el empobrecimiento emocional. El paradigma de masculinidad y feminidad imperante hace que la relación con los hombres suponga el empobrecimiento para las mujeres, que salen perdiendo, mientras que los hombres ganan. En efecto, los hombres se enriquecen en su relación con las mujeres. Muchos incluso hasta mejoran su posición. El sistema patriarcal hace que, con el paso del tiempo, el hombre tenga más valor social, mientras que la mujer, a más edad, menos valor social.

El modelo masculino de hombre fuerte, exitoso, elevada autoestima, y con tiempo para el ocio, para satisfacer sus caprichos y para desarrollarse intelectual y públicamente supone que alguien ha sacrificado algo para apoyarlo. Por lo general, las mujeres de la familia son las que se han sacrificado para que ellos crezcan y se desarrollen. Ese hombre ha llegado a ser así porque, desde niño hasta la adultez, las mujeres, tal vez en un afán por ser “buenas mujeres”, asumimos responsabilidades que debieron ser compartidas. De esa manera, las mujeres transfieren trabajo, cuidados y apoyo emocional incondicional a los hombres. Sin embargo, las mujeres rara vez reciben ese apoyo o, por lo menos, no en el mismo grado en que ellas lo dan. Algunas feministas denominan este fenómeno como el “patriarcado emocional”. Alicia Puleo⁵ se atreve a decir que

las mujeres están generalmente subalimentadas en cuanto a amor se refiere. Esto acarrea consecuencias en el ámbito público. Los hombres salen a él con un reconocimiento y una autoridad mayores, generados por ese “plus” de amor que reciben. Esta relación desigual entre los sexos también se extiende más allá de la pareja: los hombres reciben más apoyo psicológico por parte de las mujeres que trabajan con ellos que el que reciben las mujeres de los hombres [...] De esa manera, la hegemonía masculina no deriva de impedimentos legales o religiosos, sino de la propia dinámica de las relaciones afectivas, de las necesidades e intereses de ambos sexos, socializados de manera muy diferente. Así, aun en los casos en que no hay dependencia económica femenina, sigue habiendo patriarcado.

Al menos, patriarcado emocional.

Otra forma de empobrecimiento de las mujeres está relacionada con la crisis del patriarcado y la crisis ecológica. El análisis de esta última crisis es incom-

5 *Ibid.*, pp. 38-39.

pleto si no incluye la conexión entre la explotación de la tierra y el tratamiento sexista hacia las mujeres⁶. Por eso, el análisis eco-feminista ha relacionado las formas de opresión y violencia, desde las que se dan en el ámbito doméstico familiar hasta la destrucción del planeta⁷. Este análisis nos ha ayudado a ver la conexión existente entre la violencia hacia las mujeres y el saqueo de la naturaleza. El patriarcado, el militarismo y la destrucción del medio ambiente están relacionados. Las guerras destruyen la naturaleza, tanto a los seres humanos como a los cultivos y los animales. Además, contaminan el aire y el agua, y promueven la violación de las mujeres.

El modelo de desarrollo actual tiene un carácter patriarcal y economicista, manifiesto en dos grandes problemas: la sobreexplotación de la tierra y la mercantilización de la sexualidad femenina, cuya expresión más degradante en la actualidad la constituye el tráfico de niñas y mujeres para fines de prostitución. El sistema capitalista patriarcal genera una violencia que destruye a las mujeres y a la naturaleza, y que deshumaniza a los hombres. Es un sistema que promueve modelos de producción y consumo altamente contaminantes y generadores de pobreza y exclusión, sobre todo, para las mujeres. En este modelo consumista, las mujeres son las víctimas privilegiadas, puesto que ellas también consumen, pero terminan siendo consumidas, según lo expresa con claridad el eslogan de una campaña para el consumo responsable: “El consumo te consume”.

3. El feminicidio: el terrorismo sexista

La violencia contra las mujeres es una larga historia de horror y terror, que ha alcanzado sus expresiones más trágicas y alarmantes en lo que en la actualidad llamamos feminicidio. En efecto, el asesinato sistemático de mujeres por el hecho de ser mujeres es la forma más extrema de terrorismo sexista. El feminicidio es un fenómeno que en la actualidad, afecta a las mujeres de todos los estratos sociales, en todas partes. No es un caso aislado, en un país determinado. Así, pues, no ocurre solo en Ciudad Juárez o en Guatemala. El feminicidio es considerado un fenómeno que “ha penetrado la superficie de nuestra vida cotidiana y ha comenzado a explosionar en varios puntos alrededor del mundo”⁸.

Según Marcela Lagarde, el feminicidio no solo comprende el asesinato, sino que también incluye el conjunto de actos violentos contra las mujeres. De hecho, muchas de ellas son sobrevivientes de acciones violentas contra su entorno, sus bienes y contra ellas mismas. Las mujeres asesinadas son, así, la punta del

6. Cfr. E. Johnson, *Women, Earth, and Creator Spirit*, p. 10 (New York: Paulist Press, 1993).

7. Cfr. R. Trapazo, “Ecofeminismo. Revisando nuestra relación con la naturaleza”, *Conspirando*, 4 (1993), 3.

8. N. Pineda-Madrid, “Feminicidio: interrogación al cuerpo roto de Cristo”, o. c., p. 192.

iceberg, pues existen muchas mujeres muertas en vida. El sistema patriarcal mata los sueños, los deseos y la capacidad de florecimiento de muchas de ellas.

Hasta el siglo XX, la violencia contra la mujer era parte de la normalidad. No era considerada un problema, ni un delito. Hoy, este problema es mucho más visible. Asimismo, existe mayor conciencia de que puede ser superado, para lo cual se requieren cambios profundos de mentalidad y de la estructura social, construida sobre la base de códigos de dominación masculina y subordinación femenina.

Anualmente, entre 1.5 y 3 millones de mujeres y niñas pierden la vida como consecuencia del abandono, por razón de su sexo. Asimismo, aproximadamente 600 mil mujeres mueren cada año al dar a luz, en condiciones insalubres. Esto equivale a un genocidio como el de Ruanda, cada año. Por eso, se habla del feminicidio como un “genocidio contra las mujeres”⁹. A partir de esos datos alarmantes, la activista somalí Ayaan Hirsi Ali planteó la necesidad de luchar contra lo que ella ha llamado “un genocidio”. Pero eso no es todo. Lo más terrible es que se trata de un genocidio silencioso¹⁰. Miles de mujeres desaparecen en el mundo sin dejar rastro. En efecto, entre 113 y 120 millones de mujeres han desaparecido en todo el mundo. Se desconoce su paradero, si están vivas o muertas, o qué tipo de muerte pudo haberles tocado. Se trata de un terrible drama, que deja una herida siempre abierta para sus familiares.

Algunas de esas miles de mujeres y niñas desaparecidas pertenecen al sector que desapareció en situaciones de guerra. Otras han desaparecido al dirigirse a la escuela, al salir del trabajo, al regresar de alguna diligencia doméstica o de alguna reunión. Simplemente, salieron y no retornaron. Otras han desaparecido al emigrar a otro país. Algunas niñas y adolescentes han desaparecido mientras jugaban en la calle. Otras fueron reclutadas por Internet, fueron contactadas y luego desaparecieron.

En Guatemala, dada la enorme cantidad de mujeres desaparecidas, se ha ejercido presión para conseguir la aprobación de una ley que ayude a localizarlas. En efecto, la Ley de búsqueda inmediata de mujeres desaparecidas fue aprobada en enero de 2015 por el Congreso. El objetivo de esa legislación es evitar que las mujeres sean retenidas por la fuerza, que puedan ser sometidas a vejámenes o simplemente asesinadas.

4. Desafíos teológico-pastorales

El primer desafío que enfrentan las iglesias es el de asumir la lucha contra la violencia de género como un signo de los tiempos. En consecuencia, como un imperativo evangélico para los seguidores y las seguidoras de Jesús, que nos

9. *Ibid.*, p. 191.

10. L. Ramón, *Queremos el pan y las rosas*, o. c., pp. 41-42.

hemos comprometido con un proyecto centrado en la vida ³⁴“He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

La violencia contra las mujeres cuestiona la forma de hacer teología. El desafío consiste en hacer *teología narrativa*, por ser una de las modalidades más adecuadas para aproximarse al sufrimiento de las personas. Así, pues, es necesario volver al relato narrativo-práctico, por fidelidad a la estructura misma del cristianismo, tal como nos lo recuerda Metz. Pero sobre todo, es necesario volver a lo narrativo porque, según Jon Sobrino, es lo que toca fibras íntimas, cuando una se sitúa desde las víctimas. El relato es indispensable e insustituible en situaciones de agudo sufrimiento y de esperanza contra esperanza, ante las cuales el argumento teológico debe quedar en suspenso, ya que solo la narración es posible¹¹.

En consecuencia, hemos de volver a las historias que relatan el sufrimiento y la resistencia, y hemos de dejarnos interpelar por esas historias de muerte y vida de las mujeres. Relatar historias sana y empodera. No solo es una manera de romper el silencio, sino que, además, es una forma de hacer teología. Según Elie Wiesel, “la teología no es más que contar historias”. Pero los relatos son diferentes, cuando las víctimas son mujeres. Por lo tanto, hablar de Dios nos desafía a replantear las cuestiones teológicas, aun cuando nos encontremos en el marco de la teología de la liberación. Por ejemplo, Nancy Pineda-Madrid se pregunta “¿Qué significa hablar de un ‘pueblo crucificado’, cuando la crucifixión es un feminicidio?”. ¿Qué hacer para bajar de la cruz a las crucificadas?

El clamor de la violencia contra las mujeres cuestiona seriamente los presupuestos desde los cuales hacemos teología, así como también la praxis que ella alimenta. El creyente tiene que tener una palabra profética y actuar articulada y valientemente, ante las distintas formas de violencia hacia nuestras hermanas mujeres y ante los productores y comerciantes de la industria de la violencia. Nuestras iglesias, comunidades e instancias teológicas y pastorales deben profundizar en los elementos bíblico-teológicos, que se encuentran en la raíz de las prácticas de la violencia sexista, para transformar desde sus fundamentos nuestros sistemas de creencias. Algún día, las mujeres y los hombres podremos llevar una vida libre de violencia y dominación.

Así, pues, otro de los grandes desafíos es la transformación de nuestro sistema de *creencias* y de nuestros modos de *relación*. En ese sentido, Lucía Ramón sostiene que “no lograremos acabar con la violencia de género si varones y mujeres no cambiamos conscientemente nuestra mentalidad y nuestros modelos de relación”¹². Es una gran verdad que cuando cambiamos lo que creemos, también cambiamos nuestro modo de actuar.

11. Cfr. J. Sobrino, *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, p. 350 (Madrid: Trotta, 1999).

12. L. Ramón, *Queremos el pan y las rosas*, o. c., p. 37.

Vinculado a la transformación de lo que creemos sobre la mujer y el hombre, y sobre la sociedad y la naturaleza, está el desafío de nuestras imágenes de Dios. Algunas de esas imágenes constituyen el modelo y proporcionan la justificación de nuestras prácticas sociales y eclesiales. Desde una determinada imagen de Dios, se pueden justificar situaciones injustas y discriminatorias, situaciones de subordinación y sometimiento de la mujer y el predominio del hombre y de lo masculino, en todos los ámbitos sociales. De ahí la importancia de ser conscientes de la imagen de Dios con la cual funcionamos y en la cual apoyamos nuestra existencia, y de cómo hemos de transformarla.

No basta con pasar de rama o tronco. Es necesario cambiar las raíces, que alimentan nuestras opciones y convicciones. Si no nos introducimos en un proceso de conversión y si evitamos la cuestión de la imagen de Dios, que sostiene todo el edificio de nuestra vida, la estructura patriarcal continuará intacta. Un mundo nuevo no puede ser posible sin una conversión profunda de nuestra imagen de Dios, que se manifieste en una nueva forma de relacionarnos con él, con la creación y con los demás. Pedro Casaldáliga declara que “Para cambiar de vida / hay que cambiar de Dios / Hay que cambiar de Dios / para cambiar de Iglesia / Para cambiar el mundo / hay que cambiar de Dios”¹³.

La imagen de Dios como poder ha causado mucho daño en las mujeres y en la Madre Tierra. Esa imagen hace de la relación con la divinidad una relación patriarcal. La comprensión del poder de Dios como dominio nos ha llevado a creer que estamos en el mundo para dominar la tierra y para que los hombres dominen a las mujeres. Por eso, es indispensable repensar cómo debemos entender el poder divino.

Hemos considerado a Dios como un monarca supremo (varón), rodeado de súbditos (dominador). De esa manera, olvidamos que “el gran poder de Dios”, manifestado por Jesús, es muy diferente. Jesús se vació de poder. Su vida fue una *kénosis*, un abajamiento, un despojamiento (Fil 2,6-8). Por lo tanto, ese poder de Cristo se sostuvo en el no-poder, en la debilidad. En lugar de ejercer el poder como dominación, dio poder a otros y otras. Los capacitó para servir a los demás. Frecuentemente, olvidamos que el poder de Dios consiste no en dominar al mundo, sino en cuidarlo y conservarlo todos los días. En consecuencia, se impone hacer una nueva lectura de la *kénosis*, siempre a partir de Jesús, tal como lo hacen algunas compañeras feministas, para quienes él encarna la “*kénosis* del patriarcado”¹⁴, con su palabra, su praxis liberadora y su modo de proceder.

Jesús es, según Radford Ruether, la negación del patriarcado. Por eso, insta constantemente a la humanidad a buscar formas cada vez más liberadoras

13. P. Casaldáliga, *Agenda latinoamericana 2011*, p. 2.

14. R. Radford Ruether, *Sexism and God-Talk: Toward a Feminist Theology*, p. 65 (Boston: Beacon Press, 1993).

y humanizadoras. En medio de un sistema socio-religioso profundamente patriarcal y excluyente de las mujeres y los niños y niñas, Jesús aparece con una actitud contracultural y opuesta al sistema. Por eso lo mataron. Es decir, el sistema descargó sobre él su violencia hasta asesinarlo, al igual que hace en la actualidad con las víctimas del feminicidio, en una “crucifixión contemporánea que torna visible el cuerpo roto de Cristo”¹⁵, según palabras de Nancy Pineda-Madrid.

Muchas veces, nuestra interpretación del poder de Dios no es más que una reproducción de cómo entienden el poder los sistemas autoritarios. En efecto, estos lo entienden como un poder “sobre” los otros y no como un poder que potencia la autoridad del compañerismo. Esto es, el poder “con” los otros y otras, basado en una relación circular e interdependiente.

Frente al ejercicio del poder como destrucción y sometimiento, tenemos que abrírnos a una imagen de Dios que nos impulse a desplegar el poder para crear y amar a todo lo que existe; a ser amigas y amigos de la vida, como Dios mismo (Sab 11,26); a ser hombres y mujeres que desplegamos nuestro poder para sanar las heridas de nuestro mundo y de nuestra tierra, para restaurar las relaciones correctas y la armonía entre todos los seres humanos, y para superar las relaciones antagónicas, competitivas, dominadoras y destructivas.

La actual crisis medioambiental y de las relaciones entre los hombres y las mujeres nos está exigiendo un cambio, una conversión, hasta las fibras más hondas de nuestro ser y de nuestras estructuras sociales y religiosas. De ahí que sea pertinente afirmar que en todos los ámbitos de nuestra vida, y en todos sus niveles, se nos exige introducir cambios decisivos, que nos conduzcan desde las estructuras patriarcales hacia las relaciones fraternales y sororales, entre hombres y mujeres, y con la creación. Por lo tanto, se trata de atrevernos a transitar de los modelos autoritarios, jerárquicos y excluyentes a formas de convivencia circulares, incluyentes, donde la autoridad no se ejerza como un poder sobre los demás, sino como compañerismo, como búsqueda en común, mediante un caminar y trabajar los unos con las otras.

Estamos, pues, ante el desafío de una praxis inclusiva, en un sistema fundamentalmente excluyente. Por lo tanto, estamos llamados a la ética del cuidado mutuo y de la creación¹⁶. Ante la crisis ecológica actual y la crisis del patriarcado, manifiesta en las múltiples formas de violencia contra las mujeres y la Madre Tierra, tenemos que profundizar en los resortes de una espiritualidad

15. N. Pineda-Madrid, “Feminicidio: interrogación al cuerpo roto de Cristo”, o. c., p. 190.

16. Seguimos aquí el artículo de B. Weiler, “El cuidado de la creación. Un llamado apremiante. Raíces bíblicas y teológicas de una espiritualidad”, consultado el 23 de febrero de 2008 y entonces disponible en http://www.memoriayprofecia.com.pe/img_upload/c82a59c031188c917a4eadd7d987c210/Birgit_We.doc.

cristiana liberadora y comprometida, para “que renazca la justicia y la paz” en nuestros pueblos. En medio de una historia de heridas personales y de un tejido social desarticulado y roto, mujeres y hombres tenemos el desafío de sanarnos mutuamente y de sanar las heridas de la humanidad, sobre todo, las de las mujeres y las de la tierra.

Es innegable el papel de las mujeres en la construcción de la paz, en los diferentes pueblos. Los procesos de paz, así como las guerras, están marcados por la cuestión del género. Por lo tanto, el tratamiento de las mujeres y el papel de estas constituyen un factor determinante. La guerra y la paz forman parte de las prácticas humanas más determinadas por la cuestión de género. Esto se observa en pueblos donde ha habido algún conflicto armado, con un nivel de violencia alarmante.

Dado que “el fundamento mismo del patriarcado y el sexismo es la violencia”¹⁷, hablar de la guerra y la violencia refiere, obligatoriamente, al patriarcado. Asimismo, hablar de la construcción de la paz conduce, inevitablemente, a cuestiones como la lucha contra el patriarcado y todas sus manifestaciones. Hablar de la no-violencia en medio de estructuras patriarcales y militares, es hablar de la resistencia activa de esas estructuras, que se sostienen por el uso de la violencia y la fuerza.

Ahora bien, a pesar de los horrores del pasado y del presente, no podemos caer en el error de considerar a las mujeres solo como víctimas de la violencia. También hay que considerarlas desde una espiritualidad centrada en la vida para recuperarlas como las grandes actrices de la paz. Esto es importante para superar el victimismo, situarnos como sujetos y, sobre todo, para inspirar y suscitar la esperanza de que, a pesar de todo, es posible revertir la espiral de muerte en una espiral de vida y transformar la ola de violencia en una ola de la paz. La recuperación de la memoria histórica de los pueblos no puede olvidar la proactividad y las luchas de las víctimas de la violencia. Necesitamos construir una memoria histórica que, tal como propone Sanne Weber, haga justicia a la participación y a la actividad de las personas, puesto que ellas no han sido víctimas pasivas. Muchas se comprometieron con la lucha por una vida mejor¹⁸. Las mujeres víctimas de la violencia y del feminicidio encontraron la muerte porque dijeron o hicieron algo. Quizás se atrevieron a expresar sus sueños, a salir de casa para buscar mejores condiciones de vida, a luchar para conseguir su independencia

17. M. J. Izquierdo, “Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género”, en V. Fisas (ed.), *El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia*, p. 23 (Barcelona: Icaria Editorial, 1998).

18. Cfr. S. Weber, *Creando un espacio para las voces de todas las víctimas. Hacia procesos de verdad, justicia, reparación y no repetición (VJRNR) con sensibilidad de género en Guatemala*, p. 34 (Utrecht: Impunity Watch, 2012).

económica. Son mujeres que se atrevieron a decir “no” a algo o a alguien, y al sistema patriarcal, que programa sus vidas. Es necesario rescatar el sentido positivo y el coraje que se encuentra detrás de la expresión “en algo andaba metida”, una formulación usada en nuestros pueblos para revictimizar y culpabilizar. Cuando se diga de alguien, sea una mujer o sea Jesús de Nazaret, “en algo andaba metido”, deberíamos responder “gracias a Dios”, al mismo tiempo que nos preguntamos “y nosotros, nosotras, ¿en qué andamos metidos?”.

5. Una espiritualidad de la resistencia, la resiliencia y la no-violencia

En nuestros pueblos, sobre todo, en Guatemala, ha tenido y aún tiene mucha fuerza el concepto de *resistencia*. Durante los años del conflicto armado interno, utilizábamos mucho ese término. Así, había Comunidades de Población en Resistencia, se hablaba de una espiritualidad de la resistencia y, en la década de 1990, era común oír expresiones como “vivir para resistir, resistir para vivir”.

Sin desconocer el aporte de esta perspectiva y de este lenguaje, extraído de la experiencia, en la actualidad es necesario redescubrir, junto a la resistencia, la gran capacidad de resiliencia de nuestros pueblos, en especial, de las mujeres. La resiliencia es una actitud mucho más constructiva y creativa que la resistencia. Las mujeres sobrevivientes y las solidarias con ellas siguen entretejiendo no solo las distintas formas de resistencia, sino también las de resiliencia. Ellas tienen una capacidad particular para poner a producir una actitud vital positiva y creativa, en medio de la adversidad y de las experiencias devastadoras de la violencia hacia las mujeres. La resiliencia no es solo la capacidad para sobreponerse a la tragedia y a situaciones traumáticas o desestabilizadoras, sino también la aptitud para continuar con un proyecto de futuro. Esto es lo que percibimos en las mujeres sobrevivientes de la violencia. A pesar de todo, siguen soñando, celebrando y luchando para que no se repitan los hechos violentos.

Una expresión positiva de esa actitud vital de resistencia y resiliencia es la no-violencia, una forma alternativa de situarse. Esta actitud lleva a no entrar en la dinámica de la violencia, la agresión y la destrucción, en especial, rehúye la violencia de la mentira y la injusticia. “La no-violencia”, según el filósofo Lanza del Vasto, discípulo de Gandhi, “es decir [...] ¡No! a la violencia y, sobre todo, a sus formas más virulentas, que son la injusticia, el abuso, la mentira”.

La no-violencia no es fácil de practicar, cuando aún se vive en un contexto de violencia cotidiana. La no-violencia reclama una gran dosis de bondad y de creatividad para inventar qué hacer con las piedras que nos lanza el agresor, para no devolverlas de la misma manera, ni ceder a la exigencia de justicia y respeto. La no-violencia es inventar posturas para no dejarse golpear ni destruir por la piedra lanzada contra las mujeres con ira, odio y desprecio a su vida. Asimismo, es la capacidad para recoger la piedra y demostrarle al agresor, individual o colectivo, que con ella se puede hacer algo constructivo y beneficioso, incluso para él mismo.

Esa es la mejor manera de desautorizar y de desactivar la violencia. Más aún, es probable que el agresor busque en su interior lo que le queda de bondad, de corazón de carne. La dimensión de ternura que subyace oculta por el uniforme y las armas que porta. La no-violencia es colocar flores en las manos preparadas para golpear. Es transformar los instrumentos de violencia y destrucción en instrumentos de paz. Eso es lo que nos plantea el profeta Isaías: “De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra” (Is 2,4). Este es un programa práctico contra la violencia, que nos revela en qué consiste la paz: en reorientar todo hacia aquello que trae la vida y en producir cosas útiles y agradables, que dan sustento y alegría a la gente. Los instrumentos y los recursos que antes servían para hacer la guerra han de ser transformados en instrumentos para cultivar la tierra y para dar vida, para tener qué comer y qué beber.

La no-violencia es holística, ya que comprende todas las dimensiones de nuestra vida. Es una forma de estar en el mundo, que se caracteriza por no hacer daño a nada ni a nadie, tampoco a sí misma. Ni dejarse hacer daño por nada ni por nadie, ni siquiera por sí misma. La no-violencia es una postura muy activa, que reclama la vigilancia e integra todas las dimensiones de la vida. Supone una ética de la compasión y la ternura, que va desde la autocompasión hasta la compasión ecológica. Es una actitud profética radical, que busca revertir los movimientos violentos a movimientos de paz. Esto no se puede lograr sin cambiar radicalmente nuestro modo de proceder, nuestras relaciones humanas y con el resto de los seres vivientes. El profeta Isaías nos presenta la utopía de un mundo en el cual nadie se hará daño como característica de los tiempos mesiánicos, tiempos de paz, en los cuales hasta los animales convivirán de manera pacífica (Is 11,6-9). Por eso, la dimensión ecológica de la paz es un clamor hoy. Muchas personas de todos los rincones sienten la llamada a responder a dicho clamor. El mismo papa Francisco, en la *Laudato si'*, nos ha animado y desafiado a asumirlo¹⁹. Las mujeres defensoras de la tierra, de la vida y del territorio asumen esa dimensión socio-ecológica de la paz, que parte de la conciencia de la sacralidad de la vida de las personas y de la Madre Tierra.

Desde la antigüedad, las mujeres han sido creadoras de espacios de paz. Muchas se han resistido a la agresión y a la destrucción de sus pueblos, a través de caminos creativos, con diversidad de recursos e inventando medios originales para frenar los procesos de guerra y violencia, o para lograr mejores condiciones de vida para los pueblos. Recordemos el caso planteado por Aristófanes en *Lisístrata* (siglo IV a. C.).

Las mujeres de distintas partes de Grecia, incluidas las del bando contrario, fueron convocadas por otra mujer (Lisístrata) para obligar a los hombres a poner

19. Cfr. Papa Francisco, Carta Encíclica *Laudato si'*, 24 de mayo de 2015.

fin a la guerra del Peloponeso (entre Esparta y Atenas), que ya duraba 27 años. Las mujeres inventaron una salida: se comprometieron a no acostarse con sus maridos hasta que no lograran la paz.

No solo hacen una huelga de sexo, rompiendo así con el patriarcado emocional, sino que también hacen uso de su creatividad para impactar en la economía. Así, se toman la acrópolis ateniense, sitio donde se encontraba el dinero de la ciudad, y de esa manera impiden que este fuera usado para fines militares. Sin duda, Lisístrata se ha convertido en un símbolo del esfuerzo organizado y pacífico a favor de la paz. Esta antigua obra de Aristófanes, que se encuentra en el fondo de la película *La fuente de las mujeres*, puede inspirarnos en la búsqueda de caminos para enfrentar la violencia. La obra pone de manifiesto que cuando los deseos de paz, justicia y vida digna son fuertes, mujeres y hombres despertamos nuestra creatividad y buscamos distintas alternativas hasta que logramos una salida.

Quiero terminar con un poema de Julia Esquivel, una gran luchadora guatemalteca, poetisa y teóloga, testigo en carne propia del horror y de la esperanza, pero sobre todo, una gran constructora de paz, desde su fe en el Dios de la vida. Aun cuando el poema fue escrito desde Guatemala, lo podemos dedicar a todos nuestros pueblos de Centroamérica y el Caribe.

Podrán cortar todas las flores,
pero siempre volverá la primavera.
Florecerá Guatemala.

Cada gota de sangre,
cada lágrima,
cada sollozo apagado por las balas,
cada grito de dolor
cada pedazo de piel
arrancado por el odio
de los antihombres,
florecerán.

El sudor que brotaba
de nuestra angustia
huyendo de la policía,
y el suspiro escondido
en lo más secreto de nuestro miedo,
florecerán.

Hemos vivido mil años de muerte
en una patria que será toda
una eterna primavera.